

Hagen Schulze

Breve historia de Alemania

Segunda edición actualizada



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Kleine deutsche Geschichte*
Traducción de Ela María Fernández-Palacios

Revisión histórica de Jaime Feijóo Fernández

La edición de esta obra se ha realizado con la ayuda de Inter Naciones, Bonn

Primera edición: 2001
Segunda edición: 2013
Tercera reimpresión revisada: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Alianza Editorial

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© C. H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung, München, 1996
© de la traducción: Ela María Fernández-Palacios Martínez, 2001
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2001, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-7872-6
Depósito legal: M-28.410-2013
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Índice de mapas
- 11 Prólogo
- 15 1. El Imperio Romano y los territorios alemanes (hasta 1400)
- 45 2. Irrupción y ruptura (1400-1648)
- 76 3. El ocaso del Imperio (1648-1806)
- 104 4. El nacimiento de la nación alemana (1806-1848)
- 122 5. Sangre y hierro (1848-1871)
- 147 6. Las posibilidades alemanas: una digresión
- 155 7. Un Estado nacional en Europa central (1871-1890)
- 166 8. La fundación interna del Imperio y el sueño de convertirse en potencia mundial (1890-1914)
- 186 9. La Gran Guerra y la posguerra (1914-1923)
- 209 10. Esplendor y final de Weimar (1924-1933)
- 237 11. La locura de la Gran Alemania (1933-1942)

264	12. <i>Finis Germaniae</i> y el nuevo comienzo (1942-1949)
288	13. Una nación dividida (1949-1990)
325	14. Un segundo Estado nacional
334	15. Epílogo: La cuestión de la patria alemana
347	Índice onomástico

Índice de mapas

- 27 El Imperio de los Hohenstaufen (1125-1254)
- 63 Alemania durante la Reforma (1531-1555)
- 89 Alemania en 1786
- 111 La Confederación Germánica (1815-1866)
- 149 La unificación alemana (1864-1871)
- 250 Cambios territoriales en Alemania (1919-1939)
- 276 Alemania tras la Segunda Guerra Mundial
- 336 Reunificación de Alemania (1990)

Prólogo

Para nuestros antepasados, la cuestión de lo que es la historia alemana no constituía un problema en sí: empezaba esta con los germanos y su guerra contra Roma, y no había la menor duda de que Arminio, un querusco vencedor de las legiones de Quintilio Varo en la batalla del bosque de Teutoburgo en el año 9 d. C., era un héroe alemán. Más aún: todavía hoy en día la espada del monumento en honor a Arminio erigido en Detmold ostenta, en letras de oro, la inscripción siguiente: «La unión de Alemania es mi fuerza; mi fuerza es el poder de Alemania». Desde Arminio existe, pues, un gran arco, claramente trazado, que llega hasta la actualidad y dentro del cual hay que consignar: a Teodorico, rey de los godos, que sigue vivo en las sagas y cuentos de Dietrich von Bern; a Carlomagno, que obtuvo la corona imperial y que hizo del Imperio Romano un imperio alemán; a los emperadores de la casa Hohenstaufen, Federico Barba-

roja y su nieto Federico II, que, en misteriosa unidad, aguardan en el Kyffhäuser su regreso a Alemania en los momentos de mayor necesidad de ésta; a Martín Lutero, «el ruiseñor alemán», y a Carlos V, en cuyo imperio no se ponía el sol; a Federico el Grande y a María Teresa, con los que la desunión de los distintos pueblos alemanes alcanza su más trágico apogeo; al barón de Stein y a Blücher, «el mariscal siempre adelante [*Marschall Vorwärts*]», y, por último, a Bismarck, el «canciller de hierro», forjador del nuevo imperio de los alemanes, sucesor directo del Sacro Imperio Romano Germánico. Todos ellos formaban una representativa galería de antepasados de la historia alemana de la que los alemanes se sentían orgullosos.

Luego vino la «catástrofe alemana», como la llamó Friedrich Meinecke: el Reich de Hitler, la guerra mundial, y en 1945, la bajada a los infiernos del Estado nacional alemán. El historiador suizo Jacob Burckhardt ironizó, en una ocasión, sobre «la capa de pintura germano-triunfal» que la historiografía alemana había puesto sobre su propia historia. Esta capa de pintura ha desaparecido ya, y con ella, la conveniente cohesión de la historia alemana. A la leyenda áurea del rectilíneo ascenso del imperio germano-alemán siguió la leyenda negra del particular camino alemán, tortuoso y completamente equivocado, cuya única verdad consistía en los crímenes del Tercer Reich, si es que no se prefería pensar que una historia nacional carecía de sentido, o quejarse, en palabras de Alfred Heuss, de «la pérdida de la historia».

Durante algún tiempo los habitantes de la República Federal Alemana gozaron de una confortable situación

que les permitió olvidar la propia historia, disfrutar del presente con sus elevadas cotas de crecimiento industrial y creciente bienestar generalizado y mirar con cierta extrañeza al resto del mundo, en el que el principio de la identidad nacional seguía dominando y demostrando, día a día, su eficacia política. Los alemanes, pese a ser naturales de un lugar tremendamente expuesto a la política mundial, parecían formular en todas sus decisiones políticas un único deseo: el de no tener que tomar ninguna decisión y el de que los dejaran tranquilos. Por el contrario, a los habitantes de la República Democrática Alemana se les inculcaba una visión de la historia impuesta por el politburó del SED, que era elaborada por los ideólogos del partido y adaptada a los sucesivos cambios políticos y, por supuesto, sin posibilidad de discusión.

Sin embargo, la situación de feliz prosperidad interior y de dichosa falta de responsabilidad en asuntos de política exterior cambió de un día para otro: la caída del Muro y la aparición de un nuevo Estado nacional alemán cambiaron a Europa entera, y, por eso, hay que aclarar –tanto a los propios alemanes como al resto de los europeos– en qué consiste exactamente este cambio. Para poder tener un futuro en Europa debemos saber cuál es el pasado sobre el que se asienta el presente alemán. Nunca se parte de cero, sino que siempre se conecta con algo anterior. Quienes olvidan esta premisa y creen hacer algo nuevo, nunca pueden saber, a ciencia cierta, qué es lo que están haciendo.

Para darnos una respuesta a nosotros mismos y a nuestros vecinos europeos sobre la llamada «cuestión alemana», tenemos que aclarar primero lo que es Alemania, lo

que puede ser y lo que debe ser. Para ello tenemos que contar una vez más la historia alemana. Ahora bien, puesto que no todo el mundo tiene el tiempo o la paciencia suficiente como para leer una enorme serie de tomos, la contaremos de manera breve y centrándonos en lo esencial.

Una historia alemana, por pequeña que sea, no se hace sin ayuda: Ina Ulrike Paul, Uwe Puschner y mi mujer han leído y corregido cuidadosamente el manuscrito; Joachim Ehlers ha echado una mirada crítica al primer capítulo, y Detlef Felken ha revisado el libro con una notable solvencia y conocimiento. De la maquetación se ha ocupado Caroline Sieveking. De Christoph Stölzl, director hasta 1999 del Museo Histórico Alemán de Berlín, no solo recibí abundante material gráfico para este libro, sino, sobre todo, ánimo para escribirlo.

A todos ellos, mi más cordial agradecimiento.

1. El Imperio Romano y los territorios alemanes (hasta 1400)

Al contrario de lo que pudiera pensarse, la historia alemana no tiene sus orígenes en los profundos bosques germánicos, sino en Roma, aquella extraordinaria ciudad-estado itálica cuyos dominios llegaron a extenderse por toda la cuenca del Mediterráneo, que dominó Europa hasta el Rin y el Danubio –el *limes*– y cuya civilización, unitaria y plural a la vez, constituyó para el hombre de la Antigüedad un mundo de límites precisos, es decir, una ecúmene. No había nada más prestigioso que ser ciudadano romano: tanto el apóstol San Pablo como Arminio, el príncipe de los queruscos, estaban, a pesar de todas sus diferencias con Roma, orgullosos de serlo. El poeta Virgilio –que, en la *Eneida*, creó el mito del Estado romano– cifró la tarea de Roma en gobernar al mundo, en dotar a la paz de una civilización y de un cuerpo de leyes, en velar por los sometidos y en someter a los levantiscos. Hoy en día, este *Imperium Romanum* es, para no-

sotros, una suerte de «espejo lejano» –como lo llama Barbara Tuchman– en el que se han reconocido, y se siguen reconociendo hasta hoy, todas las naciones de Europa, y sin duda alguna, también la alemana. Las bases del Estado y del derecho, la forma de vida urbana, las lenguas y el pensamiento, la arquitectura, la escritura y los libros: en una palabra, los presupuestos del mundo actual no serían de ningún modo concebibles sin la civilización de Roma, pero tampoco sin dos culturas estrechamente unidas a ella: la de la Grecia clásica y la del Oriente helenístico.

Con todo, la aparente perpetuidad de esta «Roma eterna» estaba también sujeta a cambios. A lo largo del siglo IV d. C. hubo dos profundas transformaciones: un saber de salvación de origen oriental –el cristianismo– llegó a convertirse, bajo el mandato de Constantino el Grande (306-337), en religión del Estado. En la misma época, el Imperio, cuyas gigantescas dimensiones hacían imposible su control desde un único lugar, se dividió en el Imperio latino-romano de Occidente y el Imperio griego-bizantino de Oriente. Esta división afectó también a la Iglesia cristiana: la fe ortodoxa bizantina le dio la espalda al cristianismo latino de Occidente, con lo que la ruptura eclesiástica contribuyó a hacer más profunda la escisión política de Europa. Asistimos al punto de partida de una división (política, eclesiástica e ideológica) del mundo occidental que subsistirá casi hasta nuestros días. Sobre el suelo europeo nacieron dos civilizaciones claramente diferenciadas, que, una y otra vez se rozaban y contactaban sin llegar a compenetrarse de un modo duradero: Roma y Bizancio, la cristiandad latina

y la ortodoxa, el Occidente liberal y el Oriente filoeslavo y, por último, la cultura de la democracia y los derechos humanos frente al sistema soviético bolchevique. Ahora por fin parece que este abismo milenario que separa a Europa empieza a desaparecer, y es posible que nosotros aún no lo entendamos del todo.

Bizancio mantuvo su esplendor durante todo un milenio para, a continuación, ir paulatinamente languideciendo hasta caer, con la toma de Constantinopla en el año 1453, en manos de los turcos. Sin embargo, el Imperio Romano de Occidente no duró mucho. Fue hundiéndose en las cada vez más frecuentes oleadas de bárbaros que, procedentes del informe y nebuloso norte, venían huyendo de las inclemencias de la naturaleza y de las consecuencias de la superpoblación, además de otros pueblos que les empujaban lejos de sus territorios originales. Los bárbaros ambicionaban establecerse en el Imperio Romano tanto como colaborar en su defensa. Roma daba a estos bárbaros del norte el nombre de «germanos», término que César había tomado de los galos y con el que estos denominaban, a su vez, a aquellos pueblos salvajes que, desde el otro lado del Rin, intentaban penetrar en las Galias. César derivó del nombre de estas gentes la denominación de «Germania» para este territorio que se extendía desde la otra orilla del Rin hasta el Danubio. Así pues, «germano» no era más que una denominación inicial para todo aquel que procediera de aquellos poco conocidos territorios situados al este del Rin.

Los especialistas siguen todavía hoy sin llegar a un acuerdo sobre la homogeneidad étnica y lingüística de los germanos. En todo caso, aquellas bandas proceden-

tes del norte eran, por sus aptitudes para la guerra, especialmente adecuadas para el ejército, y pronto las guardias pretorianas de los césares estuvieron integradas, en su mayoría, por germanos. Asimismo, se concedió a los pueblos germanos no solo la autorización de asentarse en los confines del Imperio, sino también la propia ciudadanía romana. Esta colaboración en la defensa del Imperio se transmutó pronto en amenaza: cuando el defendido, el emperador, las instituciones y el propio Imperio empezaron a presentar síntomas de debilidad, pasaron a depender de estos bárbaros expertos militares. Los jefes y los cuerpos de ejército germanos decidían, cada vez con más frecuencia, quién habría de ser el emperador, hasta que Odoacro –un caudillo mercenario de origen germano– destronó, en el año 476, a Rómulo Augústulo, el último emperador romano de Occidente, y se hizo proclamar rey por su propio ejército.

Nos encontramos ante un período de decadencia, pero, en ningún caso, ante el final del Imperio Romano; tan solo ante el comienzo de un nuevo cambio. Los pueblos germanos que protagonizaron estas migraciones (godos y lombardos en Italia, visigodos en España y en la Francia meridional, anglosajones en Britania, burgundios y francos en las Galias) pretendían convertirse en romanos, y por eso se instalaron en las zonas vacías de un Imperio en decadencia, apropiándose de aquella complejísima y refinada civilización de Roma y de Asia Menor, desarrollada en la Antigüedad tardía, y adaptándola a las sencillas formas de su cultura originaria. Asumieron así la administración tradicional romana, aunque simplificándola; las monarquías germanas se

transformaron en romanas, y el derecho romano fue testigo de la mutación del derecho consuetudinario germano en un derecho público fijado por escrito. En Occidente habían desaparecido los emperadores romanos, pero ni uno solo de los reyes germanos puso en duda la pervivencia del Imperio Romano.

También desde otro punto de vista, Roma, aunque de manera diferente, seguía viva. Mientras la ciudad a orillas del Tíber se desmoronaba, la población disminuía con gran rapidez, el ganado pastaba en el Foro y la vida urbana languidecía, el obispo de Roma se convirtió, en calidad de sucesor de San Pedro, príncipe de los apóstoles, en papa, y con ello, en cabeza de la Iglesia. Roma pasó a ser el centro espiritual de la cristiandad católica, a la que, de manera paulatina, se fueron convirtiendo los pueblos germanos. Pero, además, la Iglesia se introdujo, en cierto modo, en la estructura del Imperio, con lo que la administración del Imperio Romano siguió viva dentro de la jerarquía eclesiástica: las vestiduras sagradas del clero católico de nuestros días derivan, por ejemplo, de las togas de los funcionarios romanos. Por otro lado, la lengua latina –como lengua de la Iglesia, de la política y de la literatura– seguía garantizando la unidad cultural de la Europa occidental: los monjes en los monasterios seguían dedicados a los escritos de Cicerón y Virgilio. Así pues, el Imperio Romano subsistía no solo en la idea de imperio sino también en sus famélicas instituciones y, sobre todo, en la Iglesia triunfante.

Tanto la idea de imperio como la propia Iglesia resultaron ser tan duraderas, que, más de trescientos años después de la caída de Rómulo Augústulo, un nuevo empe-

rador se presentó en la ciudad de Roma: nos referimos a Carlos, rey de los francos, más tarde llamado «Carlomagno», quien, gracias a sus victorias sobre sajones y lombardos, se había encumbrado hasta llegar a ser el más poderoso soberano de la Europa occidental, e intentaba asegurar su poder mediante una alianza duradera con el papa romano. Para ello, confirmó las donaciones que su padre Pipino III le había hecho al papa y que constituían el fundamento de lo que más tarde serían los Estados Pontificios. En contrapartida, el papa León III coronó a Carlos como emperador, el día de Navidad del año 800, en la basílica de San Pedro, en Roma. La losa de pórfido sobre la que se arrodilló Carlomagno se conserva aún en aquella basílica. Einhardo, el cronista de Carlomagno, cuenta cómo el rey, recogido en oración, fue coronado emperador, en cierto modo contra su voluntad y por la espalda, porque Carlomagno sabía, a ciencia cierta, que de este acto se derivarían conflictos con el único emperador legítimo de la cristiandad: el de Bizancio. En cualquier caso, Carlomagno entró en la línea de sucesión de César y de Constantino, se dio el título de *Augustus Imperator* y su escudo llevó, en adelante, la leyenda *Renovatio Imperii Romani* ('Renovación del Imperio Romano'). Y ello con todo el derecho, pues, a partir de ese momento, hubo, durante mil años y de manera casi ininterrumpida, un emperador romano. El último, Francisco II de Habsburgo, renunció, en el año 1806, al título y a la corona, gesto que pasó del todo inadvertido.

La comparación entre el antiguo Imperio Romano y el Imperio de Carlomagno resulta adecuada en la medida en que Carlomagno unió, bajo su cetro, a todas las mo-

narquías y ducados germanos de Europa, con la excepción de los escandinavos y los británicos. El Imperio se extendía desde el Eider hasta el Tiber, desde el Elba hasta el Ebro, desde el Canal de la Mancha hasta el lago Balatón. Apoyándose en los restos de la civilización romana, Carlomagno inició reformas que afectaban a la administración política y a la eclesiástica, al comercio y al calendario, al arte y a la literatura, y como base de todo ello, a la escritura y a la lengua. Llamó a un anglosajón, Alcuino de York, y lo nombró asesor para cuestiones culturales; también invitó a eruditos italianos y españoles: el renacimiento carolingio supo encontrar sus estímulos en todas partes de Europa. Todos los esfuerzos se concentraban en producir una *aurea Roma iterum renovata*: una nueva Roma dorada. Hoy en día podemos leer a la mayor parte de los autores latinos clásicos gracias al entusiasmo y al celo de los escribas carolingios, cuyos poemas propios –y en ocasiones, de gran calidad, siguiendo la versificación antigua– componen los cuatro extensos volúmenes de los *Monumenta Germaniae Historica*, la gran colección de fuentes medievales.

En la zona occidental del reino de los francos, en las Galias y en Italia, seguían funcionando los restos de la antigua administración romana: los asentamientos germanos al este del Rin, los distritos o comarcas, pero también las parroquias, los monasterios, los obispados y los feudos –tanto los de la Iglesia como los de los nobles– formaban una red administrativa de malla gruesa. Carlomagno creó distritos administrativos que llamó *ducati*. Al frente de estos distritos no colocó a ningún jefe de tribu, sino que nombró para ese cargo a un *dux*, que era un

alto funcionario, procedente de la nobleza imperial franca, y cuyo título remitía a la reforma administrativa de Constantino el Grande. Los *missi dominici* eran emisarios de Carlomagno encargados de fiscalizar la administración del Imperio. A su vez, la Iglesia imperial franca, cuyos obispos eran nombrados por Carlomagno, constituía otra instancia adicional de control.

A pesar de todos los esfuerzos, este Imperio no estaba destinado a perdurar. Incluso sin las disputas por la herencia habidas entre los hijos de Carlomagno, el Imperio se habría desmoronado; y es que una orden que el emperador enviase desde Aquisgrán a Roma necesitaba dos meses para alcanzar su destino. Los poderes administrativos locales y regionales podían –mejor dicho, tenían que– actuar, en la mayor parte de los casos, según su propio criterio: ¿cómo podía, pues, mantenerse unido el Imperio?

Los tres nietos de Carlomagno se lo dividieron entre sí: Luis recibió la parte oriental; Carlos, la occidental, y Lotario, la parte central del Imperio, la Lotaringia, que se extendía desde la desembocadura del Rin hasta Italia. La dinastía de Lotario se extinguió en el 870, y Luis anexionó entonces los territorios de su hermano a su reino franco oriental. De esta manera se creó una estructura que heredaría la futura historia europea: a partir de ese momento, el núcleo del continente quedaba dividido de manera duradera; los reinos hermanos de los francos del Este y los francos del Oeste se separaron, y de ellos surgieron, con el tiempo, Francia y Alemania. La herencia de Roma y de Carlomagno fue común para ambos, pero también heredaron las disputas por hacerse con las tierras de Lotario, aquel reino central que, durante mil dos-

cientos años, convirtió a Francia y a Alemania en hermanos enemistados.

Así es como nos han enseñado en el colegio el comienzo de la historia de Alemania: según una ingenua balada del siglo XIX, Enrique, duque de Sajonia, se encontraba cazando pájaros cuando un emisario, al que no se describe con mayor detalle, le interrumpió con el saludo «¡Viva el emperador Enrique! ¡Viva la estrella de Sajonia!».

Elegido por sajones y francos, Enrique I (919-936) pasó a la historia como el fundador de la dinastía sajona u otona, pero no por haber sido emperador. Su soberanía fue aceptada por Suabia y Baviera gracias a compromisos, concesiones y amenazas militares, se extendió a la Lotaringia, Bohemia y a los eslavos del Elba, y fue confirmado como emperador por los carolingios del reino franco occidental.

La elección unánime de Otón (936-973), hijo de Enrique, como rey aseguró la persistencia del Imperio franco oriental, que, a diferencia del legado de Carlomagno, ya no estuvo amenazado en el futuro por disputas y particiones entre herederos. En el año 955, Otón I venció a los húngaros en Lechfeld y, desde ese momento, se le dio el sobrenombre de «el Grande». Siete años después fue coronado en Roma como emperador por el papa Juan XII, renovando de esta manera el protectorado imperial sobre la ciudad de los pontífices; además promovió el reconocimiento de su dignidad imperial por parte de Bizancio y casó a su hijo y sucesor –el futuro Otón II (961-983)– con una princesa bizantina. Reino y corona imperial estuvieron desde entonces casi siempre unidos.

Su nieto Otón III (983-1002), siguiendo la tradición de Carlomagno, retomó el ideal de la renovación del Imperio Romano, pero murió a los veintiún años cerca de Roma y fue enterrado en Aquisgrán.

El siglo de los emperadores sálicos (1024-1125) se nos presenta, sobre todo, como el siglo en el que dieron comienzo las dramáticas disputas entre el Imperio y el Papado. Hasta bien entrado el siglo XI, los emperadores y los reyes de Europa habían reclamado para sí el derecho de nombrar, según su criterio, a los cargos eclesiásticos. Dentro de un proyecto de reformas que, en el siglo X, partió de la abadía benedictina de Cluny –situada en tierras de burgundios (en la Borgoña francesa)–, se impuso el criterio –por parte de la Iglesia– de que era tarea suya mediar entre la perfección de Dios y la imperfección del poder terrenal, de lo que derivaban mayores prerrogativas divinas para la Iglesia que para los príncipes seculares. Por ello, a la hora de nombrar cargos y dignidades eclesiásticas, debían eliminarse todas las influencias del poder secular. Sin embargo, desde la época de Otón el Grande, la Iglesia había sido uno de los pilares del Imperio y, por ello, los otones y los emperadores sálicos tuvieron una gran influencia no solo a la hora de elegir papa, sino también dentro de la propia administración de los Estados Pontificios. Esta situación propició el conflicto que, desde el año 1075, enfrentó a papas y emperadores.

Todo empezó cuando el papa Gregorio VII (1073-1085) promulgó una prohibición formal por la que el rey Enrique IV no podía investir ni obispos ni abades, a lo que éste contestó haciendo caso omiso y urgiendo a la destitución del papa. El enfrentamiento fue ganando en

violencia y acritud. Sobrepasó a estos dos protagonistas y se prolongó más allá de sus vidas; no en vano se trataba de establecer cuál sería el orden del mundo y de la cuestión del equilibrio de fuerzas que habría entre el poder espiritual y el terrenal, entre el *sacerdotium* y el *regnum*.

Tras largas y variadas disputas de las que ni el papa ni el emperador salieron victoriosos, la Iglesia y el Estado se separaron. Con ello se establece un presupuesto decisivo para la historia del Estado europeo moderno y para la formación de dos principios de libertad fundamentales para el posterior desarrollo de la cultura política europea: por un lado, la libertad de creencias religiosas frente al poder coercitivo del Estado, y por otro, la libertad de la política frente a la tutela de la Iglesia.

El esplendor y la decadencia de la gloria imperial alemana de la Edad Media –tal y como los suele entender nuestra perspectiva histórica habitual– coinciden con la dinastía de los Hohenstaufen (1152-1254). El emperador Federico I (1152-1190) –llamado por sus contemporáneos italianos «Barbarroja» por su barba rubio-rojiza– fue el emperador medieval más popular tanto en su tiempo como en la memoria de épocas posteriores. El brillo de sus Dietas, su matrimonio con Beatriz de Borgoña, sus accidentadas campañas italianas, su triunfo en el desafío del rebelde Enrique el León y, por fin, su extraña, y para muchos, simbólica muerte en Asia Menor durante la Tercera Cruzada son suelo abonado para la creación del mito. Ningún otro emperador ha merecido el recuerdo y ha avivado tanto la fantasía de las generaciones posteriores como Federico I, que se convirtió in-